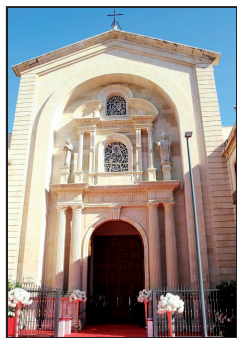




SEPTIEMBRE 2013

N.º 47



Parroquia Nuestra Señora de Gracia

Avda. de Andalucía, 71
Escalera derecha 1.º B
23.005 Jaén
(España)

E-mail:
ministridei@hotmail.com

Página Web:
www.ministridei.es

Teléfonos
923 286 689

Sumario

Consejos Bíblicos 1

Recuadro informativo 1

El Concilio de Jerusalén,
el primer concilio de la
Iglesia 2-3-4

Los diáconos fortalecidos con la gracia del sacramento, en comunión con el obispo y sus presbíteros están al servicio del Pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad

(CIC 1588)

Unión mundial de sacerdotes, religiosos y seglares

MINISTRI DEI

Servidores de Dios

BOLETÍN DE ACTUALIDAD CATÓLICA TRADICIONAL

CONSEJOS BÍBLICOS*

Haz hijo, tus obras con dulzura, así serás amado por el acepto a Dios. Cuanto mas grande seas, mas debes humillarte, y ante el Señor hallarás gracia. Pues grande es el poderío del Señor y por los humildes es glorificado.

No busques lo que te sobrepasa, ni lo que excede tus fuerzas trates de escrutar. Lo que se te encomienda, eso medita, que no te es menester lo que está oculto.

En lo que excede a tus obras no te fatigues, pues más de lo que alcanza la inteligencia humana se te ha mostrado ya. Que a muchos descaminó su presunción, una falsa ilusión extravió sus pensamientos.

El corazón obstinado en mal acaba, y el que ama el peligro caerá en el. El corazón obstinado se carga de fatigas, el pecador acumula pecado tras pecado.

Para la adversidad del orgulloso no hay remedio, pues la planta del mal ha echado en el raíces. El corazón del prudente medita los enigmas, un oído atento es anhelo del sabio.

Mantente firme en tu pensamiento y sea una tu palabra. Se pronto en escuchar y tarde en responder. Si sabes alguna cosa, a tu prójimo responde, si no, pon tu mano en la boca.

No hagas mal y el mal no te dominará, sepárate del injusto, y el se alejará de ti. No siembres, hijo, en surcos de injusticia, no sea que coseches siete veces más. No te hagas el justo delante del Señor, ante el rey no te las des de sabio.

Medita en los preceptos del Señor, aplícate sin cesar a sus mandamientos. El mismo afirmará tu corazón, y se te dará la sabiduría que desees.

*Del libro del Eclesiástico (Cap. 3-5-7)

I H S

El próximo 5 de octubre, Dios mediante, tendrá lugar la ordenación diaconal de D. Vicente Ramón Escandell, seminarista. La ceremonia, presidida por Mons. Jesús Murgui Soriano, Obispo de la Diócesis de Orihuela – Alicante, tendrá lugar a las 11 de mañana, en la Parroquia de Nuestra Señora de Gracia de Alicante.

Unidos por la oración, pidamos a Dios por este nuevo diácono y por todos los ministros de la Iglesia, para que el Señor bendiga su labor y suscite nuevas y abundantes vocaciones en todas las diócesis de España y de la Iglesia Universal.

A.M.D.G.

El Concilio de Jerusalén

El primer concilio de la Iglesia

Los concilios han sido las expresiones más importantes de la vitalidad de la Iglesia a lo largo de su historia, y escenarios privilegiados de la acción del Espíritu Santo en ella. Han sido escenarios de las decisiones más importantes en materia de dogma, moral y disciplina eclesial, marcando un antes y un después en el desarrollo de la teología, la liturgia o la piedad del pueblo cristiano.

Sin embargo, ¿cuál fue el primer concilio de la Iglesia? Desde un punto de vista histórico, el primer gran concilio de la Iglesia fue el de Nicea (325), donde quedó definido como dogma de fe la divinidad de la Segunda Persona de la Trinidad frente a la herejía arriana, y que marca el inicio de la tradición conciliar en la Iglesia. Ahora bien, algunos autores incluyen dentro de las listas de concilios la asamblea celebrada en Jerusalén en torno al año 50 d. C., en la que estuvieron presentes Pedro, Pablo y Santiago, las tres grandes figuras del cristianismo primitivo, y cuyo desarrollo nos relata Lucas en Hechos (Hch 15) y Pablo en su Carta a los Gálatas (Gal 2), y que fue tan decisivo para la historia de la Iglesia como el de Nicea. Si en el 325 se ponía en juego la divinidad de Cristo, y por ende su singularidad frente al pensamiento filosófico griego, en el 50 lo que estaba en juego era el origen del cristianismo frente al judaísmo.

LA APERTURA A LA GENTILIDAD EN LA FE ISRAELITICA

La gran novedad del cristianismo fue la de acoger en un mismo pueblo a gentes procedentes de diversas



naciones y razas, sin exigencia alguna más que la aceptación de la persona de Cristo y la fe que de sus enseñanzas se desprendía. El universalismo es, por lo tanto, la nota característica de la fe cristiana, y de ello hará bandera de combate el Apóstol San Pablo, sin embargo, ya en el judaísmo encontramos signos de esta apertura universal de la salvación a todos los hombres, a modo de anticipo de lo que Cristo habría de traer con su venida.

El Antiguo Testamento está plagado de figuras que, perteneciendo a pueblos gentiles, tuvieron un papel decisivo en la historia de Salvación. La más famosa es la de Rut, la moabita, que perteneciendo a un pueblo tradicionalmente enemigo de Israel, se convirtió en la bisabuela del rey David, y por lo tanto en antepasada de Cristo. También, la figura del Siervo de Yahveh, el “varón de dolores” que ofrece su vida por todos los hombres, es una muestra de cómo el judaísmo iba descubriendo la universalidad del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Sólo después de la experiencia del exilio el pueblo judío fue descubriendo que el Dios de la Alianza era al mismo tiempo el Dios Creador del Universo y de todos los hombres, tomando conciencia Israel de su misión como instrumento de salvación universal; esto queda patente en las últimas generaciones de profetas (Ageo, Zacarías, Malaquías...), cuyos oráculos incluyen la conversión al Dios de Israel de los no judíos. Sin embargo, la experiencia histórica de Israel fue progresivamente ofuscando esta visión universalista de la salvación que Dios ofrecía a través del Pueblo elegido. La pretensión de los gobernantes helenistas de borrar toda huella del Judaísmo de Israel, dio lugar a una lucha sangrienta y a un nacionalismo religioso que veía en los no judíos una masa condenada, maldita, que no tendría parte en el Día de Yahveh y que sería barrida de la faz de la tierra tras el triunfo del Mesías prometido.

En tiempos de Jesús existía un gran número de gentiles ligados a la religión judía, los llamados prosélitos, una especie de simpatizantes del judaísmo, que recibiendo un baño purificador, eran incorporados a la comunidad judía. Prosélitos eran, por ejemplo, el centurión de Cafarnaúm, a quien Jesús sano un criado; el eunuco etíope que fue bautizado por el diácono Felipe; y el centurión Cornelio, a quien Pedro bautiza, y que había edificado la sinagoga local. Eran sinceros buscadores de Dios, pero que no daban el paso a la plena incorporación al Judaísmo por medio de la circuncisión y que, de todas formas, eran considerados como judíos de segunda, pues, como a los demás gentiles, se les aplicaba las leyes de pureza, que impedían cualquier contacto directo.

Dos casos ilustran esta difícil realidad: el primero lo encontramos en (Jn 18, 28-29), en que se nos dice: De

la casa de Caifás llevaron a Jesús al pretorio. Era de madrugada. Ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse y poder así comer la Pascua; y el segundo, S. Lucas nos lo ilustra con las palabras de Pedro al entrar en casa de Cornelio, prosélito: *“Ya sabéis que un judío tiene prohibido juntarse con un extranjero o entrar en su casa”* (Hch 10, 28).

DE LA MISIÓN ENTRE LOS JUDÍOS A LA MISIÓN ENTRE LOS GENTILES

Para comprender la problemática que se debatió en el concilio de Jerusalén, hay que tener en cuenta que los primeros cristianos procedían del Judaísmo, y que para ellos existía una continuidad natural entre la fe de Moisés y el mensaje de Cristo, que esto era así lo demuestra el hecho de que la vida de la comunidad no era muy distinta de la de cualquier grupo judío: oraban en el Templo, recitaban los salmos, cumplían las prescripciones de la Ley... Sin embargo, también eran conscientes de la novedad que suponía la vida y obra del Maestro: las Sagradas Escrituras eran leídas a la luz del misterio de Cristo: los salmos, los profetas, los grandes personajes de la historia de Israel eran imagen, tipo del Hijo de Dios confesado en la oración comunitaria; la vida de la comunidad giraba en torno a la fracción del pan, a la Eucaristía, memorial del sacrificio del Maestro, del que habían sido testigos, y que tenía sus antecedentes en la liturgia pascual que, a la luz de la cruz y la Resurrección, adquiría toda su plenitud... Pero, a pesar de todo ello, los primeros cristianos no pasaban de ser un grupúsculo dentro del judaísmo, como lo eran los *fariseos, saduceos o esenios*.

Esta situación empezó a cambiar, a medida que el cristianismo iba incorporando a sus filas judíos procedentes de la diáspora. Estos procedían de las comunidades judías dispersadas por todo el mundo antiguo, y que tenían una mentalidad más abierta que sus hermanos de Palestina, fruto del contacto con los gentiles y la cultura grecorromana. Fue a través de ellos como el Espíritu Santo impulsó la evangelización hacia los gentiles, por medio de Esteban y Felipe, las dos figuras más destacadas del judeocristianismo de la diáspora, y de cuya labor nos da noticias S. Lucas en Hechos. Fue la muerte de Esteban la que desencadenó la primera persecución de la naciente Iglesia, que sirvió de instrumento para llevar la Buena Nueva más allá de Jerusalén y Galilea. La región de Samaría fue la primera en ser evangelizada, primero por el diácono Felipe y después por Pedro y Juan, cuya presencia en esta incipiente cristiandad ratificó la labor de los helenistas, e incorporó a los samaritanos a la Iglesia. Esto es importante, pues, aun siendo judíos de religión, eran mal mirados por sus hermanos en la fe, ya que descendían de los gentiles que habían colonizado el norte de Israel tras la caída de Samaría en el 722 a. C. Estaban a medio camino del judaísmo y la gentilidad, tenían su propio canon de las Escrituras y su lugar de culto no era Jerusalén, sino el monte Garizim, donde se creía que estaban sepultadas las vestiduras de Moisés. Sobre estos judíos marginales descendió el Espíritu Santo, dando un paso más a la apertura de la Iglesia al mundo no judío.



Sin embargo, el paso más decisivo vendría de la mano de san Pedro, que con la conversión del centurión Cornelio, abrió definitivamente a la gentilidad las puertas de la Iglesia. La clave de este episodio está en la visión de Pedro en Jafa (Hch 10, 9-16): sobre un mantel extendido en el aire, el Príncipe de los Apóstoles ve caer animales puros e impuros, mientras una voz de dice: Pedro, levántate, sacrifica y come; perplejo por este mandato, Pedro escucha de nuevo: No llames profano a lo que Dios ha purificado. Con esta visión, el Espíritu Santo venía a indicar a Pedro que para los cristianos no existen leyes que separen lo impuro de lo puro, ya sean animales o personas, sino que la verdadera impureza procede del corazón y no de lo que uno come, tal como el mismo Jesús les había manifestado más de una vez, ante la exagerada insistencia farisea de la pureza ritual. Bajo esta moción divina, el Príncipe de los Apóstoles acogió a Cornelio en el seno de la Iglesia, y prueba de que este paso estaba previsto por la divina providencia, fue el hecho de que el Espíritu Santo descendiera sobre los presentes en casa de Cornelio antes de que este y los suyos fuesen bautizados.

EL CONCILIO DE JERUSALÉN: ¿LA SALVACIÓN POR LA LEY DE MOISÉS O POR LA GRACIA DE CRISTO?

La admisión de Cornelio supuso un paso importante y decisivo para la expansión de la Iglesia fuera de los límites del mundo judío. Sin embargo, los problemas no hicieron más que empezar, porque ahora se planteaba la cuestión de si los gentiles admitidos en el cristianismo debían someterse a las prescripciones de la Ley de Moisés, que incluían la circuncisión.

Ya la misma conversión de Cornelio había causado honda crispación en el seno de la comunidad de Jerusalén, donde los sectores más observantes exigieron a Pedro que les explicase su acción. La exposición de los hechos por parte del Príncipe de los Apóstoles y la firme convicción de que era esa y no otra la voluntad de Dios, pareció tranquilizar a aquellos que se gloriaban por su observancia de las tradiciones religiosas judías. Aún así se palpaba en las comunidades una cierta tensión, que polarizaba la naciente cristiandad en dos polos: los cristiano – gentiles y los judeocristianos, representados

por las comunidades de Antioquia y Jerusalén respectivamente, y que tenían como figuras referenciales a san Pablo y Santiago.

La ciudad de Antioquia albergaba una floreciente comunidad cristiana, fundada por cristianos procedentes de Jerusalén, que habían huido de la persecución iniciada por Saulo de Tarso, tras la muerte de Esteban. Aquí fue donde por primera vez se llamo a los seguidores de Jesús “cristianos”, también donde el Apóstol Pedro tendría su primera sede episcopal y, punto de partida de la misión de Pablo entre los gentiles. Lucas nos narra cómo en un momento determinado un grupo de cristianos procedentes de Jerusalén llegaron a Antioquia y, escudándose en la autoridad de Santiago, afirmaban taxativamente la necesidad que tenían los gentiles convertidos de someterse a la circuncisión para alcanzar la salvación prometida por Cristo. Esto provocó una fuerte discusión en el seno de la comunidad, la cual decidió enviar a Pablo y Bernabé a Jerusalén, para plantear la cuestión a los Apóstoles y ver que determinación tomaban. Uno de los problemas a los que tuvieron que hacer frente ya en Jerusalén, fue la presencia en esa comunidad de un grupo nutrido de fariseos que habían abrazado la fe de Cristo, pero que se mantenían férreamente apegados a la Ley de Moisés, y exigían de los gentiles una sumisión similar.

La primera de las intervenciones fue la de Pedro y tuvo como referente el episodio de la conversión de Cornelio, que lo presentaba a él como el precursor del apostolado entre los gentiles. En su intervención dirigiéndose a los fariseos y judaizantes les apremiaba con estas palabras: ¿Por qué pues tentáis a Dios imponiendo sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros antepasados ni nosotros pudimos llevar? Y consciente de su papel como fundamento de la Iglesia, terminó su discurso con una solemne declaración de sabor paulino: Nosotros creemos más bien que nos salvamos por la gracia del Señor Jesús, del mismo modo que ellos [los gentiles]. A continuación, intervinieron Pablo y Bernabé exponiendo los frutos que había producido entre la gentilidad la predicación del



Evangelio, en tierras tan lejanas como Chipre, Antioquia de Pisidia o Iconio, donde la Palabra de Dios había sido mejor acogida entre los gentiles que entre los judíos, lo cuales, y ello convertirá en una constante en la misión de Pablo, se dedicaron a soliviantar al pueblo contra los misioneros, en especial contra él, de lo cual, tanto Lucas como el mismo Apóstol de los Gentiles, dan cuenta en sus escritos.

Pero la intervención más esperada era la de Santiago, pariente de Jesús, y que lideraba la comunidad de Jerusalén y era una figura respetada por los judeo-cristianos. Su intervención se apoyó en las Escrituras, confirmando la intervención de Pedro y de Pablo, afirmando que lo vivido en la conversión de Cornelio y los frutos de la predicación de Pablo y Bernabé era el cumplimiento de lo anunciado por los profetas, citando para ello al profeta Amos (9,11-12). Esto causó una gran sorpresa entre los asistentes, sobre todo, cuando decidió que no se impusiera ningún tipo de cargas a los gentiles, aunque, para facilitar la convivencia en las comunidades mixtas, propuso el cumplimiento de una serie de preceptos, muy básicos que solían cumplir los judíos en tiempos de persecución en el extranjero. Estos consistían en abstenerse “de lo que ha sido contaminado por los ídolos, de la impureza, de los animales y de la sangre” (Hch 15, 20).

Para dar mayor solemnidad y asegurar el cumplimiento de la decisión conciliar, se remitió una circular a todas las comunidades donde convivían judíos y gentiles, en donde se exponía lo tratado y el resultado del concilio. Que los presentes eran conscientes que tal decisión había sido tomada bajo la moción divina, lo pone de manifiesto el hecho de que tal prescripción venía precedida de esta fórmula: Que hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros no imponeros más cargas que estas indispensables... Con ello quedaba claro que no se trataba de un mero compromiso humano, sino que detrás de la decisión de Santiago, y de las intervenciones de Pedro y Pablo, estaba el mismo Dios, aquel que había conducido a Pedro a la casa de Cornelio y a Pablo a misionar entre los gentiles.

UN NUEVO INICIO

Con el Concilio de Jerusalén se ponía punto y final a la polémica en torno al carácter judío del Cristianismo. A partir de aquel momento el mensaje cristiano fue arraigando sin mayores dificultades entre las masas de la gentilidad, y aunque hubo roces y reticencias, el paso ya estaba dado. El Cristianismo se presentaba a los gentiles como una oferta salvadora gratuita, que no pasaba ni por la inserción en el pueblo judío ni por la observancia de la Ley de Moisés, sino por la aceptación de Cristo y de su mensaje. San Juan, en su prólogo lo deja magníficamente expresado: De su plenitud hemos recibido todos gracia por gracia. Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo (Jn 1, 16-17).

Vicente Ramón Escandell Abad
Seminarista